

Trabucio



JULIO
AGOSTO



RAIZ DEL SUEÑO. de María Brunet

(Editorial Zig - Zag - 1949)

Escribe: GUSTAVO MUÑOZ M.

En "Raiz del Sueño", y aunque al título lo sugiere, María Brunet no trata de desentrañar lo que éstos puedan tener de onírica formación, a estilo freudiano. Ni siquiera trata de esta clase de sueños, sino de esos otros, de esos que solemos tener con los ojos bien abiertos, mirando sin ver; tensa la imaginación como las cuerdas de un violín; violando la vida interior, el eterno valivén de olas que en nuestra subconciencia se desplazan mutuamente, se modifican, se alteran, se atraen y se rechazan en un inacabable y perpétuo flujo y reflujo.

Y, sin duda, es por eso que sus personajes son seres atormentados y humildes; con humildes sueños y aspiraciones humildes; con humildad de almas, aún cuando moren en "una casa de reyes" y son seres rebeldes, con esa inútil y porfiada rebeldía de los pequeños, cuando en sus almas surge la lucha entre el bien y el mal, entre lo interno y lo externo, entre la luz y la sombra, entre lo inmutable y lo mudable; pobres locos para el reino de los "razonables", que lo razonable es lo pegado a la tenacidad normativa, - tal como una María Clemencia en "Otra Voz" o la Patrona en "Soledad de la Sangre"; en fin, seres vencidos, pero inmensamente humanos, que recuerdan, aunque lejanamente, a personajes emergidos de alguna página rusa, - Dostoiévski, Chejov, Artzybacheff; - seres temblorosos de miedo "a hechos misteriosos, a enemigos mortales, a acontecimientos malignos. Un auto que patina y sube a la acera. Una maceta que cae desde un balcón. La electricidad que aflora a través de un doméstico conmutador. Un choque. Un rayo. Un incendio. Un ciclón. Un terremoto... La Naturaleza y los hombres contra ella".

Y nada de grandes argumentos. Nada de novelesco. Nada de inverosímil. Todo lógico. Todo natural, como el viento, como el sol, como lo que vemos todos los días. Y esto imbuído, ensablado, enmarcado en la honda filosofía de lo pequeño, en la honda filosofía de lo cotidiano.

En total, ocho cuentos, más bien breves.

En el primero, "Raiz del Sueño", del que toma nombre el libro, María Brunet pinta el alma de una adolescente toda llena de ensueños, de anhelos, de esperanzas; pero, encuadrada en la rigidez de una casona en la que vive sola con su madre viuda. Viuda: sola, amargada, resentida con el destino que le hurtó al hombre que conmoviera sus entrañas. Transfiriendo a la hija el amor que sintiera por el padre, celosa de ella, sin querer admitir la intromisión de nadie en esa tutela, aislada de todo, tercamente aferrada a la criatura, único sentido de su existencia". Mientras, dentro de Elena, en el subconciencia, amordazado, pero no acallado, se iba alzando, lenta, espesa como una niebla, una rebeldía sorda, muda, hostil, siniestra, contra ese cariño egoísta de la madre, que no buscaba la satisfacción de la hija, sino su propia satisfacción, haciendo de su vida una cárcel, de la que, hasta en el sueño, luchaba por evadirse, "por recobrar, buscando en sí misma, desesperadamente, el grito; sin voz, sin poder gritar, taboteándole el corazón enloquecido, queriendo gritar, gritar gritar, librarse de la angustia, de ese pavoroso que la ahogaba, que la ahogaba..."

Es la historia, tantas veces contada y nunca aprendida, de la muchacha enferma por exceso de cariño; de la que quiere ser ella misma y no la dejan; y a la que "en el pecho, como una magnolia, se le abría una ternura por esas madres desconocidas que abandonaban al niño a su risa y a su gozo, que dejaban a las muchachitas agrupar las cabezas sobre un libro, las trenzas resbalando sobre los pechos que hinchaba una misma edad de ilusión".

El tema, no obstante ser no poco peligroso, está tratado con exquisita sensibilidad.

"Una Mañana Cualquiera", el segundo de estos cuentos, es la historia de una muchacha mordida por la T. B. C. y a la que el médico, tras

examinarla a los rayos X, le receta, como casi todos los médicos, que "parecen en ocasiones hablar a través de un disco, con prescindencia absoluta del medio en que medra la criatura que tienen delante", sobrealimentación, "huevos, manteca, mucha leche, mucha fruta, verduras, carnes blancas. Y sol, espacio, reposo... "Y, entonces, la muchacha no tuvo nada de eso". Nada, excepto la imprescindible necesidad de aceptar el duro trabajo de dama de compañía de una señora que vivía en la sierra.

Marta Brunet sabe sacar partido del estado de ánimo de esta muchacha que no sólo necesitaba para sí misma de la sierra, del sol, del aire, de la buena alimentación, sino, también, de los \$ 80, que ganaba y que le permitían aliviar en parte la dorada miseria de los suyos, de la madre vieja y de la hermana que tenía un festejante y que le escribían en una "lista interminable de quejas, mezcladas con las recomendaciones de siempre: que fuera humilde, obediente, prolija... "Y, entonces, la curvaba el miedo a perder la colocación, a desagradar a la "señora", miedo que se tocaba, "sí, como se tocaban sus manos húmedas, una contra otra, convulsas". Miedo del que la señora, como casi todas las señoras, se aprovechaba para pedir más, cada vez más, sin dejarla tiempo ni para soñar, pues había que tejer, en las horas desocupadas: "Una vuelta al derecho. Otra al revés. Mantillas que para la navidad la señora regalaba a los puesteros. Celeste para los varones. Rosa para las niñas. Había altos de ellas en un ropero. Celestes y rosas. Una vuelta al derecho. Otra al revés"; aún cuando "al frente estaba el césped, alfombra mágica para los sueños".

Caridad de baratillo. Caridad del que luce su dádiva en la solapa. Caridad de todas partes, menos del corazón.

En "Un Trapo de Piso", dos muchachos, amarrados por la urgencia de la vida y el alma de mercachifle de la madre, se curvan frente al mostrador de un almacén de menestras, abriendo y cerrando cuentas, sumando y restando cantidades, mientras sus almas y sus cuerpos sólo apetecían "ganar la calle, juntos, apretados, sintiendo el ritmo de la cadera en la cadera, con su presencia carnal de música en el idéntico paso, serenos, compartiendo el diluido nimbo de una dicha arcangélica".

Pero, mientras la madre dicta, Roque debe escribir y escribir, cuentas y más cuentas, cantidades y más

cantidades, kilos y kilos, gramos y gramos; hasta que, de pronto, aquella María Engracia, soñadora y dolorida, ofrece a Roque, el marido, "toda su ternura" y buscando "el ángulo en que la crudeza de la luz diera mayor precisión a las cifras, y con voz ligeramente temblorosa, como transida de felicidad", dicta: "Un trapo de piso, sesenta..."

Pero, para llegar a esto al parecer tan simple, al parecer tan fácil, al parecer tan sencillo, qué hondas raíces tuvo que arrancar de su alma, qué hondas resonancias tuvo que acallar en su conciencia. Marta Brunet tiene el don de llegar hasta el borde de las almas y ver lo que hay dentro de ellas y lo desparrama así, como al desgajarse, sin darle importancia, sin producir una trágica confluencia y, por lo mismo, con hondura y humanidad.

"Encrucijada de Ausencia" es el cuarto cuento de este volumen; y en él no se trata ya de una adolescente sino de una mujer "escandalizada, porque aquello no estaba bien a sus años", cuando el viento "la tomó de frente y toda ella fué un revoltillo de pelo alborotado, de faldas arremolinadas, de blusa tremolante" y fué "como una mano de hombre jugando a empujarla, que la acariciara toda entera probablemente más eficaz que la mano humana. Sí, probablemente... Porque ¿cómo iba ella a saber identificar la mano de un hombre enamorado, ni sobre su cintura, ni así, dedos largos en sus sienes, resbalando hasta la intimidad cosquillosa de los pies?"

El tema es el de una mujer que se siente sola en medio de los demás; con la que nadie íntima, como si ella emanara un algo negativo, un algo que alejara, y, en tal trance, se retirase, se vuelca dentro de sí misma y vive de sueños que no confronta con la realidad. "Amistad. Amor. Ni mujer ni hombre a su lado. Nunca". Y así "el ser más desgraciado... Más sin defensa... Más lleno de desesperada angustia..."

El tema está magníficamente tratado y hay un desgarrador patetismo en el modo de obrar de Elisa cuando llega a su casa con Carlos y la "ve" vacía, como en una última jugada de los suyos, "para que Carlos la supiera abandonada, al margen de la vida de todos" y "dió un grito, puñal que se clavó en medio del silencio y salió precipitadamente arrastrando a su amigo fuera de ese miserable mundo, hacia el único mundo en que ella y él podían realizar su evasión de la realidad".

En "La Casa Iluminada", Marta Brunet expone el caso de dos hermanas huérfanas, que "nunca tuvieron la sonrisa de una ternura para arrojarse, ni la canción de una caricia para dormirse, ni la libertad de una adolescencia para ámbito de sus juegos. Vivieron metidas en la disciplina, en el estudio, en el casillero del horario, limitadas de admoniciones. "Hasta que una de ellas, María Fernanda, se rebela y estudia ocultamente para llegar a ser actriz. Y lo es, con la escuela de andar de boca en boca en aquel pueblucho, con mentalidad de sapo, de asco y negación, de envidia y bajeza. En tanto, María Ernesta se vuelve humilde y sumisa, hasta que, de pronto, descubre que "lentamente va insinuándose en ella la conciencia de que lo que hacia hasta entonces, obra de su alma de servidumbre, se empieza a realizar a cambio de algo, en vista de un interés"; para llegar a "una ocasión en que se sorprendió pensando: ¡Qué se muera de una vez...!"

Y al fin, muere tía Odilia y ella "se gana" todo eso y "una casa de reyes", que, en una especie de arrepentimiento y de revancha, toda iluminada, quiere entregar a la hermana rebelde y querida, sin que ésta tenga que "ganarla". Pero, María Fernanda se va "dejándola abandonada en la blanchura sin misericordia de una luna de angustia".

Realmente, Marta Brunet le saca al tema todo lo que puede dar.

El cuento sexto de esta colección de pequeñas obras maestras, se titula "La Oira Voz" y es la historia de una muchacha que se yergue sobre la opresión de una vida sin sentido, opaca, siempre igual, "como esas constantes hileras de cisnes que desfilan para probar la puntería de los tiradores en las ferias veraniegas. Como interminables hileras de cisnes recortados en cartón, pintados de diversos colores, moviendo la cabeza con idéntico ritmo y sin que nunca un disparo los hiciera alterar. Iguales siempre. Iguales. Un día y otro y otro".

Hasta que ya no puede más y, como si desenterrara un pasado legendario, María Clementina grita su rebelde contra todo lo pequeño, contra todo lo apocado, contra todo lo convencional, azotando la cara de su novio con "la oira voz", que gritaba "violenta, cilindro de viejo fonógrafo destemplado: ¿No me oís, bergante? Fuera... Lejos de mi presencia. Fuera... Aquí mis lacayos... Mis lebreles... A él. Sús!" Y todo esto, "mientras irataba de contener su ira, de volver el pensamiento a la habitual zona de

miedo y desesperanza, de recuperar su actitud de jovencita bien educada".

El séptimo cuento es "La Niña que quiso ser Estampa" y en él se trata de una niña, no mayor de diez años, que oyó decir de ella que parecía "un ángel de estampa" y "guardó la palabra en el recuerdo" y ya todas sus actitudes no fueron sino el remedo "de las figuras que le servían de modelo. Por temperamento sus actitudes eran plásticas, poseía el sentido de la armonía y del color". Y se sintió persona importante y grande. Y cuando un muchachito le insinuó: ¿Quieres ser mi novia? — Respondió al punto que sí. Y, como él, desconcertado, se quedara inmóvil, ella "intentó echarle los brazos al cuello y formar la estampa", diciéndole: ¡Bésame!

Y fué desde entonces la novia desengañada, la novia desdeñada, la novia que debía morir y "bebía repetidos sorbos de vinagre, con los pies desnudos sobre las losetas". Hasta que "aparecieron dos ángeles con dos grandes tijeras, recortaron de la vida la estampa con María Casilda y se la llevaron para fijarla en las galerías celestiales por toda la eternidad".

Creo que en pocos cuentos, como en éste, logra Marta Brunet tocar más hondamente las fibras imaginativas y confundir la realidad con la irrealidad.

Y termina este tomo con "Soledad en la Sangre", ya publicado por "Atenea" en su número dedicado al cuento chileno, y cuyo tema es el de una mujer de vida entenebrecida de la que, para escapar, no tiene otro resquicio que el que le ofrece un viejo fonógrafo en el que está toda su alma, su luz, su sol. Y que ella toca, mientras su hombre duerme sumido en su avaricia de las horas y del dinero. Y es que ella llevaba en el corazón la llama de un par de ojos verdes, que la miraron al pasar, por un instante, pero, "un instante para llevarse a casa y atesorarlo y meterlo en el fondo del corazón" y que era como "un quemar, que le ardía adentro, no sabía donde, como una anhelante espera de no sabía qué dicha". Dicha que resucitaba y que avivaba la gastada melodía de sus únicos dos discos fonográfico. Dos solos para su vida, para llenar su vida, porque "ella que era exteriormente semejante a la llanura, tenía dentro su agua cantante diciendo las cosas del pasado". Por eso, cuando el huésped ebrio "alargó una mano torpe y la posó en las portezuelas del fonógrafo, tratando de abrirlas", defendió "su música" a "pa-

tadas y mordiscos, animalizada, furiosa, como si en el monte un puma defendiera los lechales". Y, en seguida huyó, huyó de todo eso con la furiosa decisión de no volver nunca más a la casa "ni nunca más sentir volcado sobre ella, jadeante y sudoroso, torpe y sin despertarle otra sensación que una pasiva repugnancia" al hombre que la había sometido. Pero, "quería la vida, quería su sangre, la ramazón de su sangre nutrida de recuerdos"; y entonces, "oté la noche. Llamó al perro. Se tomó de su collar. Y dijo: — A casa. Y lo siguió en lo oscuro".

Quizás no sea el tema criollista de este cuento, el más a propósito para que María Brunet luzca sus magníficas cualidades de narradora; ya en "Don Florisondo", su novela corta publicada hace más de 20 años, podía adelantarse este juicio. "Soledad en la Sangre", sin embargo, está perfectamente logrado.

El cuento es, indudablemente, uno de los géneros literarios de mayor raigambre entre nosotros; pero, muchos nos será dado saborear y muy pocos que están a la altura de estos de María Brunet. Y, no solo por su contenido, en el que campea lo luminoso junto a la tenebrosidad de las almas, sino, también por su forma llena de poesía, de aliciosos, de sugerencias, como en este párrafo en el que pinta el vacío de una conciencia, el no pensar: "Sintió que iba a pensar algo. Algo. Tuvo un temblor de espanto, un tiritón en la carne, que no en el espíritu. Hizo un brusco gesto de retroceso y entonces fué el pensamiento el que volvió bruscamente atrás, entrando de nuevo en esa región nebulosa, anterior al canto de la calandria, en que ella letalmente flotaba: grisura, atonía, clima de limbo propicio a la anulación perfecta. Entonces tomó la labor y siguió tejendo como una mañana cualquiera. Una vuelta al derecho. Otra al revés".

Quizás se le podría reprochar el que insistiera demasiado en esas "novelas rosa" que han devorado casi todas, por no decir todas, sus heroínas.

En cuanto a su estilo, María Brunet haría bien en desterrar ciertos giros anticuados o españolizados, si así pudiera decirse: giros perfectamente explicables dada su ascendencia catalana y asturiana; pero, que restan brillo a la fluidez cristalina de su prosa, tal como cuando dice: "aislada con sus hermanas y sus amigas de uñas, que no suyas".

Hay que convenir, sin embargo, en que estos pequeños defectos parecen obra consciente de María Brunet, pues dán a su estilo un algo propio y peculiar, que bien se puede permitir quien maneja el lenguaje sin esfuerzo alguno y con una fluidez que dá la sensación del agua fresca deslizándose por un surco libre de pedregales. Hasía la modificación del sustantivo con doble adjección tiene en María Brunet un sabor especial, como cuando escribe, por ejemplo, "estas inmatériales criaturas hallan sus labios para cambiar breves inocentes besos" o "había un cable caído, una larga fina sierpe, ponzoñosa y mortal". Y esto está bien, si no se abusa en demasia y no se llega a la oscuridad que puede notarse en toda la página 33 del volumen, principio del cuento "Un trapo de piso", que la autora, sin duda, no tuvo tiempo de revisar.

Estos errores se agudizan con algunos de la corrección de pruebas, que cambian totalmente el sentido de la frase. Tales como "falda" por falda, en la pág. 103; "solicitaría" por solitaria, en la 64; y "especies" por espe-cias, en la pág. 41.

Por otra parte, Marta Brunet, además de usar acertadamente figuras propias, como "un grillo empecinado en la sombra en ser el corazón de la noche", sabe actualizar las gastadas y convertir las en algo viviente y, hasta, con sabor a lo nuestro, como "al viento que había afilado sus cuchillas en las aristas de la cordillera".

Total, el de María Brunet es uno de esos libros que se leen de un tirón y en él que el lector, tras encontrar insuperable el primer cuento, el término de cada uno de los siguientes, se vá diciendo: Y, sin embargo, este es mejor!

G. M. M.

